

XXXIX

PRIMAVERA

En la muerta humedad de tus pupilas,
sentí desfallecer la Primavera,
mientras agonizaban las esquilas
en el silencio azul de la pradera.

Las brisas del crepúsculo venían
cargadas del olor de las montañas,
y suaves al pasar estremecían
con su tímido aliento tus pestañas.

Al verte como muerta entre mis brazos,
sentí la tentación de ahogarte en ellos.
La tarde ensangrentaba los ribazos;

y a los reflejos de su luz postrera,
ardieron fugitivos tus cabellos
como un áureo vellón en una hoguera.

XL

GALLITO

Hotel cosmopolita... En la terraza
irrumpe un pasodoble de la orquesta,
y cual clavel que floreció en la siesta
florece en mí, el alma de mi raza.

El corazón se arranca la mordaza
y en sonoro español prorrumpe: —¡Fiesta...!
¡Y su lanza ideal al cielo inhiesta
para prender al sol en su coraza!

España, ¿qué te importa ser tan pobre
si en oro sabes transformar tu cobre...?
Perfuman en la alegre musiquilla

las rosas de Valencia y de Granada
y los nardos de Córdoba y Sevilla...
¡España, España, como tú no hay nada!

XLI

EL BAMBUCO COLOMBIANO

Sentado en un peñón de la montaña,
mientras el sol en Occidente expira,
don Sebastián de Belalcázar mira
el floreciente edén que el Cauca baña.

Siente nostalgias de su patria; aspira
como un perfume al corazón de España,
y en su laúd que trémulo suspira
una trova andaluza se acompaña.

Una lágrima surca en lento giro
su mejilla; un suspiro al cielo envía...
¡Y ambos al viento los lanzó su mano...!

Y, al confundirse lágrima y suspiro,
surgió esa dulce y triste melodía
que se llama el Bambuco Colombiano.

TRISTES AMORES

TRISTES AMORES

I

Entre los encajes de alguna mantilla
contemplé en las sombras brillar tu mirada,
no sé si en un viejo patio de Sevilla
o en algún florido carmen de Granada.

Quizás fué soñando, mientras embriagaba
el alma de coplas y de manzanilla,
junto a la guitarra se durmió, arrullada
por las vivas notas de una seguidilla.

Sólo sé que bajo refulgentes cielos,
al pie de tus rejas, mataron mis celos;
que por ti a los campos me lancé sin pena.

Y sangrientos crímenes cometió mi horda,
y hasta los jarales de Sierra Morena
te robé en la grupa de mi jaca torda.

II

Mi pena intento reprimir en vano,
al pensar que esta carta tan sincera
donde en lágrimas va la vida entera,
abrir no podrá ya tu helada mano.

Acaso en esta hora en que te escribo
habrás partido, Amor... ¡Oh, yo, sí espero,
si de pensarlo de dolor me muero,
es porque vives tú cuando aún yo vivo!

Aguarda... No es la hora de partida...
Sola te asustarás... Vas a perderte
por caminos sin fin, desconocidos...

Ya que todo nos lanza de la vida
queda un refugio eterno: el de la muerte...
¡Pero vayamos a buscarlo unidos!

III

Recordando ese amor sin esperanza,
del que mi loco corazón delira,
amor que tiende el brazo y no te alcanza
y abre los ojos y jamás te mira;

recuerdo del viajero la agonía,
muerto de sed a orillas de una fuente,
cuando ya casi el labio humedecía
en el claro frescor de la corriente.

¡Oh, visión adorada y maldecida,
que dando muerte a un tiempo me das vida!
Al par que mi vergüenza eres mi orgullo.

Y cual mi sombra, esta pasión que abrigo
me persigue tenaz, cuando la hubo,
y huye de mí, si loco la persigo...

IV

Jamás mis ojos volverán a verte.
Ellos lo saben y por eso lloran,
y al cielo, abiertos de terror, imploran
un poco de piedad para mi suerte.

Se pudieron cerrar sin conocerte.
Más hoy que tus miradas atesoran,
saudades de los tuyos les devoran
y temen la ceguera de la muerte.

¡Oh, mirarse en tus ojos reflejados,
intensamente, hasta quedar cerrados,
es su constante aspiración ardiente...!

Más antes que sus párpados se bajen
aprisionar, al expirar, tu imagen
para soñar contigo eternamente.

ANGUSTIAS DE AMOR
—————



ANGUSTIAS DE AMOR

I

Como un corcel que al borde del abismo,
insensible a los golpes de la espuela,
se encabrita y a hundirse se rebela,
así lucha tu amor conmigo mismo.

Y por más que la espuela hundo en la herida,
a saltar el abismo no se atreve.
Se para de repente y no se mueve,
cual si salvar quisiera nuestra vida...

El alma tiembla en tu mano ingrata...
No sé qué tiene este cariño eterno...
Me da la vida y a la par me mata...

Y por algún capricho de la suerte
a un tiempo es para mí gloria e infierno...
Ni me deja vivir ni me da muerte.

II

Pupila amante que a mirar alcanza
la pesadumbre del hogar desierto,
mucho más triste que llorar a un muerto
es llorar un amor sin esperanza.

¡Tened piedad de mí, negros dolores!
Es mayor mi pesar que vuestra pena...
Si a vivir sin amor ella os condena,
¡yo también vivo, amando, sin amores!

La muerte misma os brindará consuelo
y vuestro amor renacerá en el cielo...
Mi destino fatal es aun más triste;

pues si esta vida atravesé llorando,
en la otra vida, si otra vida existe,
también por ella viviré penando.

III

Si tu insensible corazón supiera
la oculta pena que devora el mío,
este dolor tan hosco y tan sombrío
que nada pide porque nada espera,

espantada tu faz palidciera,
y maldiciendo tu mortal desvío,
tus lágrimas serían como un río
capaz de fecundar la vida entera.

Para evitarte, Amor, remordimientos,
disfrazo con sonrisas mis tormentos
cuando a tus plantas trémulo me postro,

lo mismo que la enferma pecadora
que sus mejillas con carmín colora,
para ocultar la palidez del rostro.

IV

Entre muros de encaje, mirando pensativa,
el alba en los jardines de la Alhambra desierta,
más que una forma humana, enamorada y viva,
parecerás la sombra de alguna novicia muerta.

¡Yo te sueño en la Alhambra! De blanco,
[silenciosa,
vagando como un rayo de luna entre las flores.
A tu paso la brisa será más olorosa
y cantarán, al verte, mejor los ruiseflores.

¡Yo te sueño en la Alhambra! Solos, en los
[jardines
embriagada en mis brazos de luna y de jazmines,
tus ojos en mis ojos, riendo dulcemente...

Y así, en la penumbra misteriosa e incierta,
mientras se apaga el gárrulo suspirar de la fuente,
besar tu rostro pálido hasta dejarte muerta.

VENECIANA

Se extingue la serenata
en la callada laguna,
bajo el olvido de plata
de la luna.

Dogaresa, Dogaresa,
cuyo místico bláncor
la luna trémula besa,
sobre el alto mirador.

Que dice la serenata,
que por tu rostro de seda
una lágrima de plata
lenta rueda, lenta rueda.

La última nota palpita,
confundiéndose doliente
con un remo que dormita
bajo el silencio de un puente.

Desfallece temblorosa,
perfumando en su agonía
la soledad luminosa
de amor y melancolía.

El silencio marfileño
velada nube obscurece,
y todo desaparece
como el despertar de un sueño.

LAS NIÑAS GRISES

I

El sol apagaba sus tenues fulgores,
tiñendo de rosas las cumbres lejanas,
cuando por el parque cubierto de flores
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,
con los ojos tímidos fijos en el suelo,
como si pidieran para su tristeza
a la tierra madre ternura y consuelo.

Caminaban mudas, tristes y ojerosas
en largas y grises hileras iguales,
y sus rostros pálidos semejaban rosas,
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida
sin hallar un nido donde las esperen,
triste es su llegada, triste su partida
y llorando nacen y llorando mueren.

II

En la noche, nadie vigila su sueño,
solo cuando cierran sus ojos dolientes
baja el melancólico ángel del ensueño,
separa sus rizos y besa sus frentes.

Son almas en pena, pálidas violetas
que en el negro fango del vicio crecieron,
no se alegran nunca. Besemos poetas
esos tristes labios que jamás rieron.

La amargura vela su mirada grave,
son cuerpos de niñas con almas de ancianas,
sigamos sus pasos con amor: ¿quién sabe
si son nuestras hijas o nuestras hermanas?

El eco del Angelus, resuena a lo lejos.
todas se arrodillan y rezan en coro
y del sol poniente los vagos reflejos
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

LA CANCIÓN DE LA VIDA

El eco melancólico de mi canción doliente
ahora, no hará que inclines la pensativa frente

sobre el devocionario de las meditaciones.
Un himno de alegría entra por los balcones.

Flamean las cortinas cual banderas triunfales,
los espejos reflejan paisajes orientales;

y al beso de las tibias brisas llenas de aromas,
semejan las cuartillas bandadas de palomas

blancas que, aleteando, quieren alzar el vuelo
para cantar la vida bajo el azul del cielo.

En el aire hay caricias. La campiña está en fiesta,
un incendio de púrpura llamea en la floresta;

y revoloteando en las torres vecinas
parece que me hablan de amor, las golondrinas.

¡Abandona, poeta, castillos medioevales
donde, encantadas, sueñan princesas ideales;

ojos sin sol, de vidrio; mano que puede apenas
sostener una mística guirnalda de azucenas...!

Canta ese amor ligero, ese amor que no deja
más que un frufú de encajes y sedas que se aleja,

un recuerdo suave, una leve fragancia,
y el eco de una risa vibrando en nuestra estancia.

La mujer que al acaso hallaste en tu jornada,
su lasciva cabeza reclina en la almohada,

y entreabiertos los labios y palpitante el pecho,
desnuda y temblorosa se te ofrece en el lecho...

¡Gózala intensamente...! Esa desconocida
que el azar a tus brazos ha arrojado, es la vida.

Mañana será otra, igual o diferente,
morena, rubia o pálida, insensible o ardiente...

Será acaso más bella, quizás será más loca...
¡Darás el mismo beso, aunque en distinta boca!

La inconstancia de una en brazos de otra olvida...
Ama, bebe y alégrate. Es un festín la vida.

Sonríe eternamente—es un sabio consejo—
al placer como un niño y al dolor como un viejo.

El sol como una inmensa y lúbrica mirada
incendia en un relámpago de luz en la enramada,

Calla el pájaro, apaga la fuente su lamento
y se besan los árboles, a los besos del viento...

No llores sobre el féretro de olvidados amores...
¡Ven al jardín, aún quedan en los rosales flores!

¡Aún hay nidos y tálamos entre el ramaje espeso,
y labios en flor, dignos de recibir tu beso!

CAPILLA DE LOS SINA

MORENA MIA



MORENA MIA

I

Bajo el fulgor lunar el mar es plata,
entreabre, tú mi bien, tu mirador,
y asómate a escuchar la serenata,
que, mientras duermes tú, vela el amor.

Asómate al balcón, morena mía,
las sombras de mis noches a alumbrar,
que como un ciego sin bordón ni guía,
así voy sin la luz de tu mirar.

II

La brisa de jazmines perfumada
despierta la pasión que duerme en mí:
la noche está para el amor creada
y todo vive, como yo por ti.

Asómate al balcón, morena mía,
las sombras de mis noches a alumbrar,
que como un ciego sin bordón ni guía,
así voy sin la luz de tu mirar.

III

Sal a darle consuelo a mi tormento,
que si no sales, del balcón al pie,
como esas rosas que deshoja el viento
sin la luz de tus ojos moriré.

Asómate al balcón, morena mía,
las sombras de mis noches a alumbrar,
que como un ciego sin bordón ni guía,
así voy sin la luz de tu mirar.

PLUS ULTRA

PLUS ULTRA

¡Elevemos el Himno sonoro,
la alegre diana
con que atruena el azul la mañana
con sus largos clarines de oro...!
¿Qué milagro se cumple...? En Oriente
proyecta la Aurora sus arcos triunfales;
y en el mar y en los cielos, en todo, se siente
un clamor de campanas pascuales...
Desde el promontorio más alto de España,
trémula de asombros,
Europa contempla la homérica hazafia,
¡y el globo del Mundo trepida en sus hombros!
África, en el Teide, cerrando las grandes
pupilas de incendio, dobla la cabeza;
y el alma de América se asoma a los Andes
¡y, sobrecogida, se arrodilla y reza...!
De estupor las brisas suspenden su vuelo;
y hasta el sol, victorioso, tremola
sus rayos, ¡cual una bandera española
que cubre los mares, la tierra y el cielo...!
¿Quién nos dijo que España está muerta...?